

Recuerdos de Franco.

Por José Utrera Molina, Revista Razón Española nº104.

Había pensado escribir, a solicitud de la dirección de la revista Razón Española, un artículo sobre "Franco estadista" profundizando en los datos objetivos que demuestran claramente que es muy difícil encontrar a lo largo de la historia de nuestro pueblo la figura de un hombre con cualidades tan excepcionales para la gobernación del Estado como Francisco Franco. Siempre he entendido que más que un político, fue el creador de un Estado con características ciertamente singulares. Pero en la actualidad nos enfrentamos a un vendaval de falsificaciones y tenemos que hacer frente a un oleaje rencoroso que pretende cubrir la verdad de unos años cuya fertilidad histórica es indudable. Es evidente que tratan de envolver a ese tiempo en el sudario de un vergonzoso olvido, cultivando una sistemática descalificación mediante una condena tan injusta como ruin que, en último término, es fruto del torpe desahogo de la ira. Pues bien, ante estas circunstancias, y comprobando que el blanco de tantas condenas es la figura de Francisco Franco, al que se pretende despojar de toda su indiscutible categoría histórica desfigurando su semblanza humana, he creído conveniente referirme a él en su vertiente más íntima que yo conocí a lo largo de mi vida política.

Siempre he pensado que para analizar un hecho, precisar su valoración e intentar medir la estatura de una concreta personalidad histórica se hace necesaria una contemplación sosegada y, a ser posible, dual y bifronte.

En primer término, aquella que se produce en función de la cercanía y nos permite extraer del jugo de la anécdota una visión más comprensible, llena de palpitación humana, rica en matices y por tanto más prácticamente reveladora de los rasgos de un carácter. Esto es lo que pretendo, apartando ocasionalmente la sustancia íntima de otra jerarquía de conocimiento.

Frecuentemente, la confusión entre anécdota y categoría suele entrañar serios peligros, entre ellos el de confundir lo grande con lo pequeño, lo contingente con lo esencial, y elevar a un orden de conclusión definitiva el íntimo calor que suscita lo inmediato. Pero, no obstante, cuando a través de la luz de la memoria -donde se funden los recuerdos- contemplamos anécdotas adecuadamente hilvanadas, ya podemos aproximarnos con mejor conciencia al campo de la categoría, ya podemos ilustrarla e iluminarla para que aparezca, libre de espacio y de tiempo y alejada por tanto de la servidumbre de la corrupción y del capricho.

Ver de cerca a Franco a través de la anécdota que en sí representa una categoría trascendente es mi propósito. No desearía dar un tono de excesiva solemnidad a cuanto escribo. Sería lamentable incurrir en la presunción de mostrarme como alguien singularmente importante que estuvo muy cerca de Franco y gozó de su prolongada confianza e intimidad. Nada más lejos de la verdad y más distante de mi ánimo. Es cierto, sin embargo, que en las ocasiones que tuve la fortuna de estar próximo a él, le observé con detenimiento y avidez, le escuché con suma atención, tomando nota de inmediato de todo lo que oía. No quería que ninguna de sus palabras se perdieran en el aire, porque cada una de ellas era para mí una sugestión, y confieso que le contemplé

consciente de estar en presencia de un hombre cuya excepcional relevancia histórica era indudable. Tampoco me fue posible prescindir de un sentimiento de emoción y respeto. Debo afirmar que, desde el primer momento, me di cuenta de que Franco era todo lo contrario a un iceberg y que tenía un mundo interior emocional y rico. No me pareció, pues, estar en presencia de un alma oscura e impenetrable.

He de escribir también que tropiezo con la dificultad de sustraerme a cierto intimismo, bien alejado, por cierto, de cualquier género de ridícula autoestima o de envanecido yoísmo. Debo declarar que mi propia biografía, ni siquiera yo podría entenderla fuera de mis fervores, de mis fidelidades y mis esperanzas: es decir, distante del contexto del régimen que serví desde muy temprana edad sin que incurra ahora en el olvido o en el arrepentimiento. Sobre todo cuando compruebo que las arenas de mi reloj empiezan a precipitarse demasiado deprisa, que mi juventud está ya muy lejana y que la vida es demasiado corta para llenarla de la cobardía de la mentira o de la vileza que supone cambiar, por conveniencia o por miedo, nada más ni nada menos que de credo y de bandera.

Pretendo, repasando mi cuaderno de notas, aportar algunos datos válidos para un mejor conocimiento de la figura de Franco. Abrir, en definitiva, una pequeña brecha en la muralla levantada por los falsificadores de nuestra verdad histórica y hacerlo ahora para cumplir, al menos, con la estética de la dignidad -hoy tan olvidada- en este tiempo no ciertamente afortunado, donde lo asombroso no es cómo se escribe la historia sino con qué sorprendente cinismo se desfigura, se manipula y se borra.

Mi primer contacto con Franco tuvo lugar hace justamente 46 años, para ser más preciso, concretamente en abril de 1954. En aquella ocasión el Caudillo se desplazó a Málaga en compañía del Ministro Secretario General del Movimiento, José Luis de Arrese. En el estadio de la Rosaleda se celebró una multitudinaria concentración de más de 20.000 afiliados al Movimiento. Recuerdo que antes de situarse en la tribuna, en mi condición de Subjefe Provincial y como Jefe responsable de la concentración, di la novedad a Franco de los hombres que allí se encontraban reunidos.

Mientras tanto, se oían insistentemente, y cada vez con mayor resonancia, voces de "¡Franco, Falange!". El Caudillo se detuvo a escucharlas y dirigiéndose a mí, me dijo: "Este grito, políticamente, es inconveniente. Es un grito partidista. La Falange tiene que ser una voz que integre y no un grito que divida, nada que signifique exclusión. España -añadió- y sólo España ha de ser nuestra aspiración y nuestro grito". Advertí por vez primera el fuerte contraste entre el tono delgado de su voz y el acento de una resuelta energía. He de confesar que, en principio, aquellas palabras me sorprendieron y que sentí un momentáneo malestar que en cierto modo sofocaba mi juvenil entusiasmo. Después y durante mucho tiempo medité sobre el alcance de aquellas palabras de Franco pronunciadas de forma muy escueta, y llegué a la conclusión de que habían constituido todo un cuerpo de doctrina, una síntesis de sus ideas sobre la articulación del Estado, que era algo con sabia moral suficiente para ennoblecer la obediencia y, por supuesto, nunca una super estructura monolítica y excluyente que debiera estar subordinada a un grupo o a un partido. Y en esto, su coincidencia con el pensamiento de José Antonio era total.

La segunda ocasión que me permitió estar en presencia de Franco tuvo lugar después de mi nombramiento como Gobernador Civil y Jefe Provincial de Ciudad Real, en

noviembre de 1956. Recuerdo que para cumplimentarle me había desplazado desde la capital de la provincia a la Encomienda de Santa Cruz de Mudela, donde Franco asistía a una cacería. Era la primera vez que iba a tener oportunidad de estar a solas con él. Recuerdo que el Ministro de Agricultura, Rafael Cavestany, me presentó a Franco, mientras le decía: "Mi General, aquí tiene a un Gobernador que aún no ha cumplido 30 años". Franco me miró y dijo: "¡Quién tuviera su edad! Le espera una labor muy interesante". Después de unos minutos, uno de los asistentes a la cacería me preguntó si yo era cazador. Le respondí negativamente. Entonces quien acababa de hacer esta pregunta, acercándose a Franco le dijo con tono distendido: "Le acabo de decir al Gobernador que si caza, y me ha contestado que no; yo le he dicho que si es así, en Ciudad Real se va a aburrir mucho".

Nunca he olvidado la mirada severa que Franco dirigió a quien así acababa de expresarse, y al advertir su gesto de contrariedad, quien había señalado la circunstancia de mi posible aburrimiento se disculpó diciendo: "Era sólo una broma". Franco entonces añadió sin elevar apenas el tono de su voz: "Broma no, ha sido una afirmación absolutamente imprecendente".

Semanas después, acudí por vez primera a cumplimentar oficialmente a Franco en el Palacio del Pardo. Me recibió afablemente, y antes de que yo hiciera cualquier manifestación de gratitud por la confianza que en mí había depositado, me hizo una sorprendente y casi exhaustiva exposición sobre las características de la provincia de Ciudad Real. En menos de un cuarto de hora me ofreció una visión completa de su panorama económico social.

Comenzó diciéndome que no olvidara nunca que Ciudad Real era una tierra de paso y que eso suscitaba en sus moradores ciertos recelos que yo habría de vencer; a continuación se refirió a los problemas derivados del monocultivo de la vid. Me habló de las dificultades de conservar los vinos y de las imperfecciones de las redes de comercialización de los mismos. Luego me señaló las características de la producción cerealista e incluso me citó los nombres de las variadas especies de trigo -Florencio, Aurora, Mara y Aragón número - que tenían mayor aprovechamiento en la provincia. A continuación me habló del proceso de industrialización de Puertollano, de las características de su cuenca minera y de la complejidad y coste económico de obtener lubricantes a través de la destilación de la pizarra bituminosa, indicándome la próxima instalación de una fábrica para la obtención de sulfato amónico. Seguidamente, me habló de la necesidad de incrementar las superficies forestales, haciéndome entonces un comentario curioso: "Tenga en cuenta que a muchos manchegos no les gustan demasiado los árboles". Hizo especial hincapié en la urgencia de obtener mayores extensiones de regadío, aprovechando los caudales de agua subálvea que sin duda habría de existir en zonas cercanas al Guadiana. Destacó la importancia del pantano de Peñarroya, cuyas obras estaban en curso, pero detenidas por determinados trámites expropiatorios que yo debía encargarme de agilizar.

Me informó del problema endémico de la falta de agua en la capital y finalmente, después de hablarme de la necesidad de las mejoras de las explotaciones ganaderas del Valle de Alcuña, se refirió a las características y particularidades de las minas de Almadén, señalándome que había que atender con criterios de modernidad social las jubilaciones de los mineros, donde aún subsistían con denominación intolerable las llamadas limosnas remuneratorias. Por último, con una expresión risueña me dijo: "Si a

mí me preguntaran lo que me gustaría ser, yo respondería que Gobernador Civil de Ciudad Real, porque allí está todo por hacer". Después de haberme dicho estas palabras, me sorprendió con un comentario: "Estoy seguro -me dijo- que no tendrá tiempo para aburrirse". Al oírle comprobé que recordaba lo ocurrido semanas antes, evidenciando que su memoria era excelente.

Fue, por tanto, mi prolongada estancia en la provincia de Ciudad Real, adonde Franco se desplazaba dos o tres veces al año durante el período de caza, lo que me permitió en múltiples ocasiones conocer y tratar más de cerca al Jefe del Estado. Alguien ha escrito recientemente que la vida humana no es accesible más que a la imaginación. Sin embargo, aquel conocimiento próximo y de primera mano que las circunstancias me proporcionaban, me apartó de lo que hubiera podido ser un espejismo, ayudándome a captar aspectos concretos de su imagen, a ahondar en el conocimiento de alguna de sus facetas humanas. Pude también apresar zonas aparentemente vacías o fijarme en la fluencia más espontánea de su personalidad.

Pude hablar con él frecuentemente, responder a sus preguntas, que a veces resultaban tan súbitas como inesperadas, aunque siempre formuladas con sencilla claridad y exentas de añadidos artificiosos. Alguna vez incluso me permitía hacerle alguna que otra pregunta, y puedo afirmar que nunca quedé defraudado de sus contestaciones.

Franco era un conversador jugoso y ameno. La expresión de su rostro frecuentemente era risueña. Tenía delgado el tono de su voz. Su cabeza estaba siempre erguida y sus manos eran curiosamente elocuentes. De él se desprendía siempre una especie de aura de autoridad casi palpable. Era una autoridad no revestida de gestos, sino amparada por la expresividad de sus silencios y por la escueta seguridad de sus juicios y reflexiones. Se expresaba con sencillez y los términos que empleaba eran poco académicos, pero siempre llenos de un sentido común aplastante y, sobre todo, en ningún momento incurría en la extravagancia.

Recuerdo ahora que en algunas ocasiones, y sobre todo después de la denominada transición, se han hecho comentarios despectivos sobre la afición de Franco a la caza. Siempre he pensado que la caza era para Franco uno de sus deportes predilectos; había iniciado su afición no hacía mucho tiempo, pero era un excelente tirador y en ningún momento se mostraba impaciente, inseguro o apresurado. Son muchos los que coinciden en calificar la caza como una pasión. Yo no creo, sin embargo, que lo fuera para Franco. Para él -a quien recuerdo haberlo visto una y otra vez subir lomas y cuevas sin cansancio- la caza era un medio de fortalecer su estado físico, una oportunidad de entrar en contacto con la naturaleza y vivir al aire libre, un modo de ejercitar sus reflejos, de favorecer la agilidad de sus movimientos, de vivir la emoción de alerta, sin la tensión inmediata de los problemas, y, sin duda, una experiencia para el conocimiento de los hombres fuera de los convencionalismos del protocolo.

En una ocasión le pregunté qué prefería más, la caza o la pesca. Me miró fijamente y después de una pausa me dijo: "Son dos cosas distintas: la caza enriquece los reflejos, aviva la atención, tensa los músculos, disciplina la impaciencia y favorece el autocontrol. La pesca es diferente: proporciona ocasión para pensar, para meditar, para mirar a lo lejos. Es una especie de ajedrez. A veces de un pez que se escapa se aprende mucho. El campo tonifica y conforta. La mar tranquiliza y cautiva". Recuerdo que le dije que yo tenía, como mediterráneo, por el mar una preferencia absoluta y que

recientemente había leído a un poeta oriental que decía que el mar era la música de los ojos. De inmediato me arrepentí de haber incurrido en tal imperdonable cursilería. Ya no tenía remedio. Franco, mirando a lo lejos, me dijo : "Quién sabe, a lo mejor es cierto".

Recuerdo también que una de las estancias del Caudillo en la Encomienda de Santa Cruz de Mudela coincidió con la sublevación que se produjo en Argelia. El General Muñoz Grandes, que le acompañaba, y por cierto era de los pocos que tuteaban a Franco, le transmitía frecuentes informaciones sobre el viaje que el General De Gaulle estaba realizando a aquella zona y que, a juicio de todos, revestía una gran importancia internacional. Don Agustín comentó que el desplazamiento del Presidente de la República Francesa a Argelia era, a su juicio, un gesto de valor.

Me parece recordar que utilizó un vocablo más castizo y resonante. Franco al escuchar aquellas palabras miró fijamente a Muñoz Grandes y le dijo: "Lo que acabas de decir con expresión tan gráfica no es cierto del todo, porque lo que hace falta es intentar siempre, y por encima de todo, servir al país. El coraje -añadió- hace falta en determinados momentos, pero cuando hay que enfrentarse a una grave responsabilidad, es preciso medir lo que se hace, dejar a un lado lo que tú dices y poner una bolsa de hielo sobre el corazón para que la cabeza no se ofusque".

Otro viaje del Jefe del Estado a Ciudad Real coincidió con el estallido de la revolución cubana. Después de la cena, alguien próximo a Franco afirmó que aquel episodio habría de ser forzosamente efímero, una asonada más. El Caudillo, sin embargo, negó con firmeza y de forma inmediata tal supuesto: "Tenemos Fidel Castro -dijo- para muchísimo tiempo. Él arranca de una situación donde la injusticia social y política ha sido notoria y donde la ejemplaridad de la clase política ha brillado por su ausencia. No nos engañemos -afirmó-, si logra elevar la moral pública del país y acierta a dar forma a una empresa nacional atractiva, tendrá mucha gente a su favor. Tampoco hay que ignorar que tiene cualidades nobles. Lo que yo me temo -añadió- es que, tarde o temprano, va a correr el riesgo de quedar aprisionado por tensiones ideológicas que pueden radicalizar su postura. A Rusia -continuó diciendo- le interesa mucho que la revolución cubana sea instrumento a su favor. No hay que olvidar que una cabeza de puente en el continente americano es un objetivo muy importante que forma parte de la estrategia mundial del comunismo".

Al referir esto ahora, no tengo más remedio que pensar en la opinión de los que han negado a Franco, sistemáticamente, visión de futuro. La realidad ha confirmado lo que distó mucho de ser un pronóstico aventurado.

Franco tenía también un buen sentido del humor. Sus palabras estaban impregnadas de un tono tranquilo y en ocasiones burlón. A veces cultivaba una ironía suave y tierna, carente de acidez, de sabor grato y picante. A propósito de este aspecto de su carácter, recuerdo que, en una ocasión, la Diputación de Ciudad Real había encargado un busto para que presidiera el Salón de Actos que se iba a inaugurar próximamente. Me enseñaron unas fotos del busto, que, por cierto, no me gustaron nada porque representaba una figura decadente, ajada e inexpresiva. El presidente, sin embargo, opinaba lo contrario y defendía acaloradamente la calidad de la obra realizada por un escultor entonces de moda, que después ocultó cuidadosamente la peligrosidad política de aquella cercanía. En vista de su obstinación decidí aprovechar alguna oportunidad de

ver a Franco en la provincia para enseñarle las fotografías y expresarle mi opinión de que la obra no había sido, a mi juicio, afortunada. Efectivamente, en una ocasión le enseñé las fotos expresándole mi punto de vista; Franco las contempló y no dio importancia al tema, pero sí agregó unas curiosas consideraciones sobre la dificultad que, por lo visto, su imagen ofrecía: "A mí -añadió- no me ha preocupado demasiado salir airoso de tales trances, conozco la dificultad de captar fielmente acentos y rasgos. Por otra parte, no hay que olvidar que los artistas nos ven con ojos distintos a los nuestros". Acto seguido, y dirigiéndose a mí, dijo: "Le voy a contar una anécdota bien significativa, creo que ocurrió en una de mis primeras visitas a Ciudad Real. Recuerdo que al subir las escalinatas de la Diputación Provincial observé en un lugar muy destacado un cuadro que me llenó de cierta perplejidad: '¿Qué hace aquí Alcalá Zamora?', pregunté; alguien que se hallaba muy cerca de mí, un tanto cariacontecido, me dijo: 'Mi General, no es Alcalá Zamora, es su excelencia'. Comprenderá que, después de esto, en lo que se refiere a los retratos que me han hecho, ya no me asombro de nada". Ni qué decir tiene que el busto fue aceptado.

El 14 de julio de 1959 tuvieron lugar en la provincia de Ciudad Real, concretamente en la zona de Puerto Lápice, unas maniobras militares que se desarrollaron bajo el nombre de "Operación Dulcinea". Recuerdo que en ellas intervinieron 14.000 hombres, y que aquella ocasión me deparó una nueva oportunidad de hablar con Franco en un marco bien distinto de los que habitualmente habían sido escenario de mis conversaciones con él. El Caudillo ofrecía aquella mañana muy buen aspecto y se mostraba afable y comunicativo. El hecho de hallarse rodeado de sus compañeros de armas le transfiguraba. Era evidente que se sentía como pez en el agua. Se le notaba la satisfacción a flor de piel y no había incongruencia alguna entre la expresión de su rostro y sus palabras.

En un pequeño promontorio se estableció el puesto de mando. Junto a Franco se hallaba el Ministro del Ejército, General Barroso; el Capitán General Muñoz Grandes; el Ministro del Aire, Rodríguez de Lecea; el Capitán General de la Primera Región, Teniente General Rodrigo, y el gran periodista y notable embajador Manuel Aznar.

Desde aquel lugar se dominaba un espléndido horizonte que abarcaba la amplia zona en la que se hallaban situadas las distintas unidades y un espacio donde habrían de descender las fuerzas paracaidistas. Antes de iniciarse la fase de despliegue, el Caudillo me indicó que me acercase. Sonriendo, me dijo: "Gobernador, observo que está usted perdiendo la juventud por los pelos", aludiendo a mi ya pronunciada calvicie. Intervino Aznar, diciendo que, a veces, también se perdía el pelo por la preocupación, a lo que Franco le contestó que "era bueno sentir preocupaciones, pero, en la misma medida, había que poseer suficiente voluntad para vencerlas".

Franco hizo diversos comentarios sobre temas de actualidad, algunos de ellos referidos a su último viaje a las Bárdenas. Recuerdo también que a continuación hizo una serie de reflexiones sobre la labor de los periodistas afirmando que era una profesión importantísima puesto que contribuía a crear opinión. Añadió que si actuaban con veracidad eran beneméritos, pero que si se dejaban confundir podían suscitar efectos nada positivos. Aznar intervino a continuación señalando los inconvenientes de la censura. Franco entonces le respondió que él no era partidario de ella y que el régimen avanzaría con voluntad de liberalización, pero manteniendo el respeto a dos o tres cosas esenciales. No obstante, Franco le dijo a Aznar que un periodista inteligente, con un

titular astutamente situado o con una información pícaramente silenciada podía decir tanto como en un editorial. A continuación Franco dijo que había tres clases de periodistas: gacetilleros rencorosos, idealistas imaginativos y audaces, y caballeros de la pluma, añadiendo que de los últimos conocía a alguno que había cumplido su oficio de embajador -se refería concretamente a Manuel Aznar, allí presente- con acreditada brillantez y eficacia.

Cuando terminaron los ejercicios, el Generalísimo habló a los Jefes y Oficiales allí reunidos. Sin ningún guión, sin papel alguno, expuso con soltura y claridad sus teorías sobre los nuevos comportamientos tácticos, señalando con precisión el significado de las concepciones estratégicas más avanzadas, que había que contemplar a la luz de la aparición y perfeccionamiento de las armas nucleares, con sus efectos disuasorios. Hizo atinadas observaciones sobre las características de lo que él llamaba "guerra chica", añadiendo una serie de consideraciones logísticas sobre el papel reservado a las unidades de intervención rápida.

Fácilmente se advertía su dominio de aquellos temas, que expresaba con naturalidad y rigor, porque Franco era alérgico a formular metáforas brillantes y no perdía el tiempo en abstracciones; los datos que utilizaba resultaban convincentes. No he olvidado que su argumentación global suscitó una atención continuada y profunda. "Nos espera -dijo- un esfuerzo técnico considerable: hay que ir a la transformación de nuestras armas, de nuestros equipos, a hacer más sólida y moderna nuestra estructura defensiva, a rectificar la orgánica tradicional, porque el Ejército no puede ser un elemento de decoración. Y sobre todo sin olvidar una cosa básica: el hombre, su adiestramiento y preparación".

Al final de sus palabras se refirió al contenido esencial de las Fuerzas Armadas, destacando la importancia en ellas de los valores del espíritu. Recuerdo textualmente sus palabras finales: "Sin moral, sin convicciones, sin vocación para el sacrificio y sin el aliento de la defensa a ultranza de la unidad de la Patria, el Ejército perdería su carácter, su médula, su dignidad institucional y hasta su propia justificación histórica". Siempre recordaré el semblante de Franco aquel día. Su lenguaje fue el que correspondía a un soldado que tenía el sentido de la milicia encarnado en sus propias entrañas.

Volví en muchas ocasiones a hablar con Franco, sobre todo en la etapa que me resulta más grata de toda mi vida política, mi prolongado Gobierno en Sevilla durante cerca de nueve años. Allí tuve ocasión de comprobar una vez más la categoría humana y la transcendencia histórica de su figura. Conocía a fondo toda la problemática sevillana, penetraba en el fondo de los variados matices que singularizan aquella tierra por tantos conceptos sugestiva y maravillosa. Él me alentó sobre todo en que me constituyera en paladín de un sueño sevillano al fin malogrado por el egoísmo, la insolidaridad y el orgullo de una parte de la oligarquía sevillana, me refiero a la construcción del Canal Sevilla-Bonanza, del que sólo se pudo llevar a cabo una primera fase.

La última vez que se iba a tratar el tema del canal que íbamos a exponer conjuntamente, siendo yo ya Ministro, junto al Alcalde de Sevilla Juan Fernández y García del Busto, coincidió con la trágica muerte del Almirante Carrero, que nos había citado en su despacho. Otra obsesión reiterada por Franco en los muchos despachos que tuve con él en aquella época fue el referente al paro campesino. Me confesaba su inquietud cuando al cruzar por Carmona veía con preocupación y con angustia los grupos de desempleados que estaban en la plaza. Recuerdo una frase textual suya: "Esto tiene que

acabar. Unos cuantos señoritos no pueden perpetuar su falta de sensibilidad ante los problemas sociales. Actúe usted en consecuencia y yo le apoyaré". El sentido social de Franco no podrá ser jamás puesto en duda, y esta anécdota es sólo una pequeña pincelada que revela cuál era el sentido último del afán de Franco por avanzar en el terreno de la justicia social.

Lógicamente, volví en muchas ocasiones a hablar con Franco; sobre todo cuando desempeñé como Ministro la Secretaría General del Movimiento, etapa que no recuerdo con alegría y que aún está sujeta a extrañas contradicciones y amargas resonancias. En una ocasión, cuando expuse en Consejo de Ministros las razones que me asistían para acudir a la conmemoración de Alcubierre, acto con el que nunca intenté abrir heridas sino mostrar tan sólo el testimonio heroico de los jóvenes que allí murieron, cuya edad media no rebasaba los 17 años; episodio que siempre había recordado reproduciendo en mi memoria la inscripción que, debida a Dionisio Ridruejo, figuraba en la lápida al pie de aquel monte: "Aquí enmudecieron con voz heroica 60 voces que clamaban por la Patria, el pan y la justicia". Debo señalar que aquella conmemoración estaba ya envuelta en la polémica y que la recuerdo como si se tratase de hoy mismo; Franco, cuando me despedí de él, al finalizar el Consejo, con síntomas de evidente emoción, me dijo estas palabras: "Tiene usted razón, la verdadera tumba de los muertos está en el corazón de los vivos".

He de insistir una vez más que el tiempo que desempeñé como Ministro la Secretaría General del Movimiento tuve también frecuentes contactos con el Caudillo, pero esta etapa, por una serie de circunstancias que no debo ahora reseñar, no tiene en mi memoria una anotación grata.

Y aunque no me arrepiento de ningún empeño en tratar de evitar lo inevitable, confieso que fue una etapa que, francamente, prefiero olvidar o archivarla como experiencia antes que contabilizarla en el amargo haber de las frustraciones si no fuese porque aquellas horas me permitieron servir, aún más directamente, a las órdenes de Franco y ofrecer a mi Patria lo poco que podía darle. Yo no lograba acostumbrarme a su vejez, a su declive vital, a la natural erosión de sus mecanismos volitivos, y aunque nunca perdió lucidez mental, su deterioro físico era evidente; brillaba aún su luz, pero su fuego ya no ardía. Confieso que todo aquello parecía una atosigante pesadilla, un mal sueño, sobre todo cuando contemplaba sobrecogido cómo sujetaba una mano con la otra para dominar el temblor que le angustiaba.

Aquello me parecía un patético presagio, y sobre todo un esfuerzo dramático de Franco, que no quería dejar en mal lugar al corazón que nunca le había temblado. Un corazón que, sin embargo, sigue latiendo aún en el pecho de muchos de nosotros. Confieso que es sin duda esta última referencia una consideración triste, pero singularmente esclarecedora, y estimo que lo referido no merma en modo alguno la dignidad y la grandeza de quien gobernó nuestro pueblo con la justa esperanza de que no volvieran a regresar a nuestro suelo lo que él llamaba "nuestros demonios familiares", demonios que por cierto han regresado, amorosamente acogidos y democráticamente institucionalizados, sirviendo a los males tradicionales de la disgregación y la discordia. Franco pensó y acaso soñó también que a la hora de su muerte, con los cambios que exigen las circunstancias de su sucesión, se producirían las renovaciones convenientes para una convivencia pacífica y civilizada, distante de la condenación de nuestro pasado reciente, alejada de revanchismos y liberada al fin de la negra costumbre de nuestros

viejos y culpables rencores.

Pero esta ilusión que tal vez alentara en el corazón de Franco se rompió antes de tiempo y ahora yace en el olvido como una herencia incómoda y escandalosamente sepultada.